

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

21 / 2018

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

García Prieto, Elisa, *Una corte en femenino. Servicio áulico y carrera cortesana en tiempos de Felipe II*, Madrid, Marcial Pons, 2018

(Jesús M. Usunáriz)

pp. 813-817 [1-5]



Universidad  
de Navarra

---



## RECENSIONES

García Prieto, Elisa, *Una corte en femenino. Servicio áulico y carrera cortesana en tiempos de Felipe II*, Madrid, Marcial Pons, 2018, 310p. ISBN: 978-84-16662-22-7. 28,50€

*Agradecimientos. Abreviaturas.* Introducción. PARTE I. LA EVOLUCIÓN DE LA CASA DE LA REINA (1868-1598). CAPÍTULO 1. Una nueva reina para la Monarquía. La llegada de la archiduquesa Ana de Austria. CAPÍTULO 2. La consolidación de la casa de la reina. CAPÍTULO 3. La muerte de Ana de Austria y la transformación de su casa. CAPÍTULO 4. Matrimonios y jornadas reales. CAPÍTULO 5. El servicio áulico de los hijos del rey antes el fin del reinado. EPÍLOGO. 1598-1599. Hacia una nueva casa de la reina. PARTE II. REFLEXIONES EN TORNO A LA CASA DE LA REINA. CAPÍTULO 6. Espacios para una soberana. La consolidación del mapa áulico. CAPÍTULO 7. La construcción de la consorte regia. CAPÍTULO 8. Tensiones y conflictos en palacio. CAPÍTULO 9. La casa de la reina católica: un modelo triunfante. PARTE III. VIDAS DE PALACIO. CAPÍTULO 10. Grandes linajes al servicio de la reina: camareras mayores, ayas y otras mujeres de la cámara. CAPÍTULO 11. Recorriendo la vida de las damas de palacio. CAPÍTULO 12. No todo es nobleza en la Corte. CAPÍTULO 13. Un mundo de confluencias. CAPÍTULO 14. La vida después de palacio. CONCLUSIONES. REFLEXIONAR SOBRE LA CASA DE LA REINA EN EL MUNDO DE HOY. ANEXO. La servidumbre de la casa de la reina. BIBLIOGRAFÍA. ÍNDICE DE NOMBRES.

Los estudios sobre el mundo cortesano en la Monarquía Hispánica han gozado en los últimos años de una gran atención, gracias a las investigaciones, entre otras, impulsadas por el IULCE de la Universidad Autónoma de Madrid y las publicaciones coordinadas desde este mismo grupo por José Martínez Millán. Sus resultados han demostrado el relieve de la corte para abordar, desde una perspectiva novedosa, diferentes facetas del Siglo de Oro español: la historia política y diplomática, la historia social, la historia cultural, la biografía, el arte, la espiritualidad... desde un centro de poder que iba más allá de la propia figura del monarca. Además, la dimensión femenina de la corte ha cobrado un especial protagonismo gracias a los trabajos de Magdalena S. Sánchez, sobre la corte de Felipe III (1998) o a los de Rodríguez Salgado sobre Isabel de Valois, entre otros muy apreciables trabajos. Es aquí donde se enmarca este libro de Elisa García Prieto sobre la casa de la reina en tiempos de la cuarta esposa de Felipe II, Ana de Austria, como buena conocedora, gracias a su tesis doctoral, de los entresijos cortesanos que rodearon la figura de Isabel Clara Eugenia. Para ello se vale de una rica documentación —especialmente, correspondencia privada—.

La primera parte de esta obra, quizás algo confusa por la variedad de temas que se tratan, se centra en el análisis (Capítulo 1) de los textos normativos y acciones que, impulsados por el mayordomo mayor marqués de Ladrada en 1569, introdujeron cambios, tras la muerte de la reina Valois, para atender primero a sus dos hijas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela (pp. 32-40); después, para adaptarse a la llegada de la archiduquesa y nueva reina, con un im-

portante séquito con el que se presumía se incrementaría la presencia y la influencia de los Habsburgo en la corte madrileña (pp. 45 y ss.); pero, sobre todo, para lograr «el control de este grupo exclusivo de mujeres» que habían conformado y conformarían la casa de la reina (p. 47).

El arribo a Madrid de Ana de Austria implicó el nombramiento de una camarera mayor, y el consiguiente “toma y daca” entre las «damas alemanas» que la habían acompañado desde Viena y las castellanas, con victoria para estas últimas con la designación de Juana Enríquez, marquesa de Berlanga para ocupar el cargo (p. 49). Pero, muy pronto, la casa de la reina tuvo que ocuparse de otros menesteres, precisamente aquellos más relacionados con el fin de esta unión dinástica: la descendencia. Así, tras el nacimiento del príncipe don Fernando (p. 50), cobró un especial papel la figura del aya, encargada de la «crianza y buena institución de costumbres, así en lo espiritual como en lo demás» (p. 51). No en vano, «los nacimientos en el seno de la familia real traían consigo una actividad importante en la casa de la reina: la composición de un ajuar a la altura, la elección de una ama de lactancia» (p. 53). De hecho, la elección del ama de cría suponía un «exhaustivo proceso de selección» (pp. 55 y ss.). Si bien es cierto, como señala la autora, que «a pesar de que muchos de los aspectos que rodeaban a los nacimientos en el Antiguo Régimen estaban en manos de mujeres, lo cierto es que no fueron ajenos al entorno masculino. El hecho de que nos valgamos de los despachos del mayordomo para conocerlos es un dato significativo pero, además, sabemos de la gran atención que Felipe II prestaba a estos asuntos» (p. 54), como lo vuelve a corroborar más adelante (pp. 57-58).

La muerte de Ladrada supuso la elección de un nuevo mayordomo mayor (Capítulo 2): primero el duque de Medinaceli, después el marqués de los Vélez, tras él el conde de Barajas... en donde no faltan los enfrentamientos internos. Así la existencia de facciones cortesanas —que no debemos contemplar, como apunta la autora, como grupos cerrados e inamovibles—, influyó en la elección de los cargos de la casa de la reina que «respondía a intereses más profundos que la idoneidad para la gestión de un presupuesto y una plantilla compleja»; pues, en definitiva «tanto la corte como ente general y la casa como reflejo particular de la misma eran espacios de lucha y confrontación» (pp. 80-81).

No obstante, esto se superaría, en gran medida, gracias a la composición y personal de la casa dado que «el parentesco fue siempre un elemento a contar en la elección de los criados. En este sentido, desde la jefatura se consolidó la endogamia dentro del servicio áulico, una estrategia que garantizaba una cierta profesionalidad y, sobre todo, lealtad de las familias hacia el sistema áulico» (pp. 117-118). En efecto, las hijas y parientes de los altos cargos de palacio pasaron a formar parte del servicio real como, por ejemplo, las sobrinas e hijas del marqués de Velada, del conde de Chinchón, de Cristóbal de Moura... en lo que significaba «el paso iniciático en el camino de su gloria áulica» (p. 127).

## RECENSIONES

La muerte de la reina en 1580 (Capítulo 3) conllevó la desaparición de la casa hasta 1599, cuando accedió al trono Margarita de Austria. Sin embargo, su servicio se mantuvo para atender a los príncipes e infantes, o para acoger a la emperatriz viuda María en las Descalzas Reales, entre otras funciones. Así, además de hacerse cargo del fallecimiento de algunos de ellos, hubo que estar pendiente (Capítulo 4) de las negociaciones para el matrimonio de Catalina Micaela con el duque de Saboya, que concluyeron en 1584.

Estos años, especialmente entre 1586-1598, con el marqués de Velada como mayordomo mayor (pp. 119 y ss.), fueron testigos del surgimiento de nuevas expectativas: la de un príncipe Felipe, cada vez más crecido y convencido de sus funciones y los enfrentamientos entre su propia «camarilla de fieles» —el marqués de Denia a la cabeza—, y los antiguos servidores (pp. 124-125). Pero no hay que olvidar a la infanta Isabel Clara Eugenia (pp. 128-132), que ejerció gran influencia en el entorno cortesano por su cercanía al rey y la confianza que este depositó en ella, tanto al postularla para la sucesión en la corona francesa, como en la preparación, desde 1596, de su matrimonio con el archiduque Alberto y la cesión de la soberanía de los Países Bajos en 1598 (p. 129).

Las partes segunda y tercera de esta obra poseen una mayor unidad, y permiten que el lector vislumbre algunas de las características más destacables de la casa de la reina. ¿Cuáles fueron los espacios en los que se desarrollaron la soberana y los miembros de su casa? (Capítulo 6). Entre «los edificios que formaron parte de la cotidianidad de la reina» destacaron el Alcázar, las Descalzas Reales —«uno de los hitos espaciales fundamentales para entender la corte de los Habsburgo» (pp. 152-153)—, o lugares de recreo como la Casa de Campo, El Pardo, Aranjuez, Valsaín o El Escorial (pp. 155 y ss.).

La dimensión política de la reina no queda al margen, aunque la autora hubiera podido ofrecernos, con toda seguridad, más ejemplos, más detalles, que se encuentran muy dispersos a lo largo del texto. No fue baladí, al menos así se apunta, la función de Ana de Austria como intermediaria política entre Felipe II y Maximiliano II (pp. 169 y 265-266). O el papel que desempeñó en la recepción de embajadores (p. 140). Y esto se advierte también en la misma casa de la reina (Capítulo 11): esta fue un espacio de integración en cuanto que acogió como servidoras a mujeres procedentes de Francia, Flandes, el Imperio, Italia o Portugal —con un especial protagonismo—, y del resto de territorios peninsulares —aunque los linajes castellanos, con mayor o menor fortuna, procuraron controlar los mejores puestos (p. 243)—. De esta forma, las damas fueron utilizadas «como una vía para asentar las relaciones amistosas de la Corona con ciertas casas dinásticas europeas» (p. 245), como ha demostrado Magdalena Sánchez para la casa de Isabel de Valois. En el caso de la reina Ana, Felipe II lo hizo casando a estas muchachas con potentados italianos (p. 245), o favoreciendo el matrimonio de algunas alemanas, como las Cardona-Dietrichstein, con diferentes linajes de la nobleza castellana. Otro ejemplo fue la francesa Jacincurt que

tras servir a la reina Isabel de Valois, permaneció al servicio de las infantas lo que «ayudó a tranquilizar los ánimos de la corte francesa» (p. 223).

Esta dimensión política también debe extenderse (Capítulo 9) a la transmisión y exportación de la etiqueta de la casa de la reina en España a otros espacios cortesanos —en Saboya o en los Países Bajos, por ejemplo—, en lo que evidenció «el triunfo de un modelo ceremonial» (p. 209). En el caso de los Países Bajos, por encima de la dicotomía entre lo español y lo flamenco, la hija de Felipe II, Isabel Clara Eugenia y su marido el archiduque Alberto supieron mantener el equilibrio, conservando a su vera a sus fieles servidores castellanos al mismo tiempo que daban entrada a importantes familias nobiliarias flamencas.

Además de la actividad política, la reina y sus servidoras desarrollaron una intensa vida espiritual —demostraciones de piedad y caridad—, sin olvidar su participación en todo tipo de divertimentos: juegos de naipes, costura, lecturas —de temática religiosa, pero también novela pastoril y de caballerías—, y, sobre todo, el teatro cortesano en el que, a veces, participaron activamente.

Para esa proyección política de la monarquía, la imagen de la reina desempeñó una función relevante (Capítulo 7). A través de retratos —como los realizados por otra dama de la corte, Sofonisba de Anguisciola, además del maestro Sánchez Coello—, de la indumentaria, a la española —sin excluir otras influencias—, de las joyas, etc., «la soberana había de cumplir un papel rector» (p. 161). Todos ellos eran elementos «indicativos de la importancia que otorgaba el rey a la imagen exterior de su esposa» y que se extendía también a las damas de su corte (p. 162), aunque llegaron a tomarse medidas que perseguían una mayor austeridad.

Esta imagen debía ser controlada, como se ha apuntado al hablar de las normas impuestas por el mayordomo Ladrada, pues, como bien se describe en el capítulo 8, la casa, como la corte, no estuvo exenta de tensiones y envidias. En todo momento, se procuró que esta imagen y el honor de la reina no se vieran dañados, por lo que hubo que establecer mecanismos para «el control y la fiscalización de los movimientos y acciones de los distintos miembros del servicio palatino», no solo a través del mayordomo mayor y de la camarera mayor, sino también a través de otras figuras (p.185). Había que evitar la inmoralidad, en una corte donde el galanteo —músicas, alborotos, conversaciones desde las ventanas— era una práctica habitual. Las medidas adoptadas, como el cierre de las ventanas con celosías, tal y como impuso el mayordomo Ladrada, a pesar de las protestas airadas de gran parte de las damas (p. 188), no tenía otro fin. A pesar de ello, la corte no se vio libre de escándalos, con promesas matrimoniales y accesos carnales: como los protagonizados por Magdalena de Guzmán y don Fadrique de Toledo, hijo y heredero del duque de Alba, en tiempos de Isabel de Valois; o entre Luisa de Castro y don Gonzalo Chacón en 1572 (pp. 188-189). Así pues, lejos de ser la corte mortecina que se nos había transmitido, fue una «corte vivaz, lujosa y, en ocasiones, conflictiva» (p. 195).

## RECENSIONES

En sus «periplos vitales», todas, o la mayor parte de aquellas señoras, aprovecharon su posición para lograr mercedes regias para ellas y sus parientes, como, Inés Manrique de Lara, condesa de Paredes de Nava, aya de las infantas, o Juana Jacicurt (Chassin-court), que alcanzaría su cénit como camarera mayor de la infanta Isabel Clara Eugenia en Bruselas, «paradigma de criada favorecida» (p. 224). Ciertamente, como llega a afirmar García Prieto más adelante, «las mujeres que habitaban palacio y sus aledaños sabían cómo manejarse en este complejo mundo de vínculos y lazos sociales, entretejiendo auténticas redes de presión, que les permitían cosechar importantes favores y mercedes para ellas y sus parentelas» (p. 262).

De esta forma, ellas, gracias a su vida y posición en la casa de la reina —las damas recibían el «cuento de la dama», una cuantiosa suma que completaba su dote, u otras mercedes—, pudieron negociar enlaces social y económicamente ventajosos —son muy atractivos los ejemplos del malogrado matrimonio de Ana de Navarra, marquesa de Cortes o el de Mariana de Rojas (pp. 232-236)—, en lo que era «un hito fundamental en la vida de esas mujeres» y la principal causa de su salida de palacio (p. 231). Su experiencia en la corte también les serviría como una fase de su aprendizaje, pues, tras su matrimonio y marcha de la casa, tuvieron la oportunidad de ejercer «como señoras de vasallos», de crear «una corte nobiliaria» en sus estados o de ayudar a sus maridos en sus nuevas funciones políticas, por ejemplo, como virreinas.

De todo ello no solo fueron beneficiarias las mujeres vinculadas a la aristocracia: las enanas, las locas, las mujeres de la cámara, acabaron «por forjar una relación estrecha que acababa traduciéndose en la capacidad de influenciar los modos en que se manejaban ciertos asuntos de la casa y la consecución de mercedes para ellas y sus deudos» (p. 255). Así pues, además de la integración de las élites aristocráticas, el servicio a la monarquía «ofreció la oportunidad de ascenso y mejora social a personajes procedentes de los estratos medios de la sociedad» (p. 257).

Gracias a todo ello, las páginas de este trabajo cumplen, sobradamente, con su principal objetivo: «explicar cómo funcionaba la casa de una reina en una corte moderna» (p. 277). Esto la convierte en una obra de necesaria consulta para comprender la cultura y la vida cortesana de la Monarquía Hispánica de los Austrias.

Elisa García Prieto, es doctora en Historia Moderna por la Universidad Complutense de Madrid, con su tesis *La infanta Isabel Clara Eugenia de Austria, la formación de una princesa europea y su entorno cortesano*, dirigida por Fernando Bouza (2013). Ha centrado sus investigaciones en el estudio de la corte de Felipe II, en especial el mundo cortesano femenino.

Jesús M. Usunáriz  
Universidad de Navarra